

ÍNDICE

Prólogo

<i>Francisco Gutiérrez Carbajo</i>	IX
--	----

PRIMER PREMIO

Cincuenta y tres metros cuadrados	
<i>José María Terrero Rodríguez</i>	1

ACCÉSIT

La tablilla	
<i>Elena Torres Torres</i>	29

SELECCIONADOS PARA SU PUBLICACIÓN

Derecho de admisión	
<i>José Manuel Dorrego Sáenz</i>	53

Whisky	
<i>Héctor Prahim</i>	71

Baño de mar	
<i>Javier Chacártegui Horrach</i>	95

Una partida a vida o muerte	
<i>Juan José Calvo de Miguel</i>	109

BIOGRAFÍA

JOSE MARÍA (CHEMA) TERRERO RODRÍGUEZ. Sotondio (Asturias). Estudió medicina en Salamanca. En la actualidad, es neurólogo en el Hospital Universitario San Agustín (Avilés, Asturias).

Desde hace cinco años es alumno del taller de escritura que imparte el escritor Fernando Menéndez en la Biblioteca del Fontán, en Oviedo, ciudad en la que reside.

Ha publicado temas científicos. He ganado en dos ocasiones el premio de cuentos infantiles del Centro Asturiano de Oviedo, el año 2007 con el cuento: «Estas son las espirales causantes de grandes males» y en el año 2009 con: «La historia de Juan saltamontes».

Hay que agilizar las entradas y salidas. En lugar de un aburrido taquillón —hasta la palabra es antigua— se coloca un banco. Debajo puedes almacenar los zapatos y es muy cómodo sentarse en él y calzarse. Sebastian y Sanna pintaron el vestíbulo de un color muy agradable, claro, porque la luz no sobra en Estocolmo. No sé si me convencen los zapatos a la vista, me sentiría obligado a mantenerlos en buen estado, tendría que limpiarlos aunque no me los pensara poner. ¿Y el olor?, son zapatos,

no adornos. Sebastian, Sanna y el hijo de esta, Reidar. Sebastian y Sanna son hermanos, me pregunto quién es el padre del niño, ¿dónde está?, ¿ha muerto?, ¿la relación fracasó?, ¿era un hombre violento que tenía problemas con el alcohol?, ¿por qué viven juntos los hermanos? Puede que siempre haya sido así, que el hijo sea de ambos pero lo oculten para evitar problemas. Me intriga su relación, esta casa tan pequeña con las tres personas tan pegadas. Sebastian duerme en el salón, está pensado para que sea fácil cambiar de ambiente: dormitorio de noche / salón de día. Siempre me ocurre lo mismo, quiero saber en qué trabaja Sebastian, si ven la tele uno en cada extremo del sofá, o por el contrario, Sanna se apoya en su hermano de manera incestuosa. Quiero saber quién se levanta primero, quién hace el

desayuno, si comparten las tareas del hogar. ¿Cuántos años tiene Reidar? ¿Dónde duerme?. No me queda claro, el único espacio posible es en la cama con su madre. Pero solo sabemos sus nombres, Estocolmo y la amplitud de su vivienda.

El vestíbulo da acceso al baño, es la pieza menos mimada. El suelo hace de plato de ducha aislado por unas cortinas con círculos de colores. No nos entretendemos en él, es un lugar de paso obligado donde hacer cosas desagradables. A la derecha está la cocina, me encantan las cocinas. En este caso se trata de un pasillo limitado por muebles a ambos lados que se ensancha al final. Dos personas apenas se pueden cruzar sin rozarse de forma embarazosa, y vuelvo a pensar en Reidar y en el lugar en el que duerme. No puedo entrar en una cocina sin abrir los mue-

bles, puertas y cajones para descubrir lo que esconden. Los cajones se deslizan de manera suave, cada uno con un propósito específico. Los cubiertos, ordenados de forma escrupulosa, de seis en seis. Las gavetas más grandes para las sartenes y las ollas, todas ellas vírgenes, sin mácula de grasa ni pecado. Siempre sobra espacio en estas cocinas de neveras vacías. En la zona más ancha hay una mesa, nos sentamos probando las sillas, aunque no las necesitamos ni queremos para el comedor o la cocina, en realidad nuestra casa carece de comedor. Me siento frente a Laura, en nuestra vida real casi nunca compartimos la mesa, así sentados puedo pensar que somos otros, quizá hermanos. Retira hacia un lado el frutero de cristal con manzanas de pega. La mesa es pequeña para tres adultos, claro que Reidar

es un niño. Son muy incómodas, me dice, demasiado pequeñas, me salgo por los lados. Le respondo que Sebastian y Sanna vienen de una familia muy delgada, sonríe, ahora comprendo cómo pueden cruzarse entre los muebles de la cocina, son así desde tiempos antiguos, la vergüenza de los vikingos. La cocina comedor termina en una ventana de atrezo adornada con unas plantas de plástico.

Más orden en el salón. Incluso el elefante de peluche, tumbado sobre el sofá, ocupa el lugar que le corresponde. A pesar de lo escueto de la casa, el salón es amplio y acogedor. Dos sofás, uno de ellos cama, en azul y blanco. Entre ambos descansa una mesa blanca, redonda, con un aspecto más prefabricado de lo habitual. Sobre ella hay un jarrón de vidrio esmerilado con un ramo de flores

sintéticas. Laura me dice que el ramo es demasiado alto y que estorba para ver la tele. Me acomodo sobre el sofá para comprobarlo, tiene razón. No sé por qué en la mayoría de las casas decorativas la gente no ve la tele, le digo incorporándome y enderezando la espalda, en muchas no hay televisión. Se me acerca esquivando la mesa y me susurra al oído: solo follan. Ya, aún estirando el cuello unas flores blancas me tapan la parte inferior de la pantalla, pero no creo que eso ocurra en esta casa, son hermanos. Nunca se sabe, dice con malicia, en cualquier caso habría que cambiar el ramo. A veces, Laura me sorprende verbalizando lo que pienso, me doy cuenta de que no es una idea suya, lo que hace es contar lo que me pasa por la cabeza. Luego siempre sonrío, podría continuar, insinúa. Me le-

vanto y doy unos pasos en dirección a la televisión, ella se va hacia el dormitorio. En el mueble del salón hay libros suecos, es un ejemplar repetido, rojo, de tapa dura y nombre impronunciable, cedés y deuvedés vacíos y cajas de recuerdos. Berlín 2013. Canarias 2012. París 2014. Abro la caja de Berlín, se han llevado los recuerdos, sonrío. Llevo mis manos a París 2014 al mismo tiempo que giro la cabeza buscando a Laura, imagina que se hubieran dejado olvidada una foto o la entrada de un museo, eso haría la casa más habitable, pero no se lo digo porque está en el dormitorio y una pareja se interpone entre nosotros. He abierto la caja sin mirar, lo he hecho como si mis manos ya supieran. Hay una foto, papel kodac, diez por quince. La pareja esta ocupada con el mueble de la entrada,

nadie me mira. La saco y la giro: ahí estoy, en París, con la torre Eiffel de fondo.

2

Escondo la foto en el bolsillo interior derecho de la americana al tiempo que vigilo por si alguien me ha visto. Una dependienta atiende a una pareja en el punto de venta más cercano. Laura me llama desde el dormitorio, permanezco unos segundos con la caja en la mano, Laura vuelve a llamarme, dejo la caja en la estantería y me dirijo al dormitorio.

El blanco predomina en toda la habitación, en la pared, en las cortinas, en la ropa de cama, salpicado de algún toque de azul y gris. A un lado de la cama se concentran los juguetes de Reidar: una casa de bloques de colores, una ambulancia, un coche de bomberos, un coche

de policía, un tren de fieltro y otro elefante de tela con el que nunca ha jugado ningún niño. Mi mujer ha abierto las puertas del armario y me espera ante un bandeja extraíble de color rojo. ¿Podríamos colocar algo así en nuestro armario?, me pregunta cuando llego a su altura. Busco la etiqueta: KOMPLEMENT. Bandeja extraíble&joyero, negro-marrón, rojo. ¿Qué color es el negro-marrón? Giro el papel y compruebo las medidas: cien, setenta y cinco y cincuenta. Creo que sí, nuestro armario mide un metro. Pregunte a nuestro empleados, nos informa la etiqueta.

¿Crees que todas las casas de Sebastian, Sanna y Reidar son iguales, quiero decir, si todos los accesorios son iguales, los mismos coches, el mismo elefante colocado de idéntica manera en la estan-

tería? ¿A qué viene eso?, me pregunta extrañada, supongo que sí, más o menos. No lo digo pero me pregunto si en cada casa de cincuenta y dos metros cuadrados hay una caja de un viaje a París con mi foto dentro. No lo sé, pensaba en Sebastian, si existe de verdad, si vive en una casa así con su hermana y su sobrino, estaría bien que fuera así, no sé, le daría credibilidad a los espacios. Sería más fácil entonces pensar en alguien durmiendo en esta cama, abriendo las puertas, cocinando en la cocina. Laura me dice que estoy más raro de lo habitual y termina la conversación como cierra el armario, con ambas manos.

No recuerdo muy bien el resto de la mañana. Era un día de diario en el que ambos librábamos: habíamos ido al gimnasio, tenido sexo y ahora íbamos a com-

prar una bandeja Komplement de color rojo, así, seguido, sin pausa. De camino a la caja nos paramos en un salón para las veinticuatro horas del día (este no tenía flores que impidieran ver la pantalla), una fantástica cocina exterior y una habitación juvenil que crece con tus hijos. Durante todo el recorrido me mantuve con las manos alejadas de los muebles, sin deslizar cajones, sin abrir armarios y sobre todo sin buscar en cajas de recuerdos. Tomamos un café en la zona de restauración, yo con una magdalena de esas grandes y nombre extranjero y Laura con una ración de tarta de zanahoria. Además de la bandeja compramos unas bolsas de plástico para congelar, dos cojines en tonos caldera, una bolsa de albóndigas suecas, salmón ahumado y salsa de eneldo, todo ello impronunciable.

Hemos venido en el coche de Laura, ella conduce. Me dice que estoy muy callado. Yo le contesto que estoy cansado, que tanto ejercicio me ha dejado agotado, pero en realidad no hago otra cosa que pensar en la foto que tengo en mi bolsillo. Cada pocos minutos compruebo que aún está ahí, tengo que hacer verdaderos esfuerzos para no sacarla y confirmar que sigo siendo yo el que aparece en ella. Laura me cuenta que tiene cita en la peluquería, pero quizá ya me lo haya dicho antes, va con el tiempo justo. Será mejor que me quede yo allí, me dice, y que te lleves tú el coche a casa. Yo me muestro de acuerdo, casi entusiasmado. Así podré estar a solas con la foto.

Me quito la chaqueta y la coloco sobre la percha en el armario de la entrada. Deslizo mi mano derecha, primero por la

espalda y luego por la parte anterior, para asegurarme que queda extendida. Dejo la puerta abierta y voy al baño, me miro en el espejo para confirmar mi aspecto, que tengo claro como soy, que sería capaz de reconocermé entre una multitud. Tengo un lunar en la mejilla derecha, aunque es muy claro tengo que vigilarlo por su tendencia a que le nazca vello. Resulta curioso, me veo a diario: cuando me afeito, cuando me cepillo los dientes, al peinarme y sin embargo hoy me doy cuenta de lo poco que me fijo. ¿Le ocurre a todo el mundo? Me lavo la cara por si algo de otro se me ha pegado, sigo siendo el mismo, aunque con alguna gota suspendida en las pestañas. Como no me parece suficiente cojo del armario un gel limpiador de Biotherm que alguien me regaló hace años, no veo ninguna fecha de caducidad.

Las instrucciones sugieren que se use a diario y que se evite el contacto con los ojos. Nada cambia, el espejo me devuelve la misma imagen, de cerca redescubro una verruga en el borde del párpado inferior del ojo derecho. No sabía que seguías ahí, de niño tuve una blefaritis y tenía que usar una pomada, Oculos Epitelizante, creo recordar. Fue la última vez que estuve cerca de mis ojos.

Ahora que sé cómo soy, vuelvo de nuevo al armario de la entrada. Saco la foto del bolsillo interior y camino hacia el despacho. Sin ninguna duda soy yo, no el yo de ahora, soy yo hace unos años, más joven. Además de la Torre Eiffel en la parte derecha de la foto se ven unas banderas y debajo el anuncio de un campeonato del mundo de rugby. Miro el dorso de la foto pero no veo ninguna fecha ni anotación.

La dejo sobre la mesa y examino la ropa que llevo en la foto. Recuerdo el polo de manga corta con la bandera de España. Enciendo el ordenador y busco en google: copa mundial rugby francia hombres, Copa mundial de Rugby de 2007 –Wikipedia, la enciclopedia libre–. Dos mil siete, siempre tengo la duda de cómo se escriben los números, cuándo se separan, cuándo van unidos. Lo que tengo claro, sin ninguna duda, es que yo soy el hombre de la foto, y que, con toda certeza, yo no estuve en París en el año 2007. Yo nunca he estado en París.

3

Sudáfrica ganó 15-6 a Inglaterra. Días después, los Springboks fueron recibidos en el aeropuerto de Johannesburgo. He buscado en la carpeta 2007. Mis docu-

mentos, fotos, 2007... he abierto todas las subcarpetas: carnaval, navidades 2007, vacaciones Ibiza. En el ordenador tampoco estuve en París ese año. Me quito las gafas y acerco la foto, no parece que esté trucada. Estoy pegado al fondo, incluido en el paisaje de una manera natural. Me vuelvo y busco en los cajones una lupa. Creo que tengo una por aquí. Al final me tengo que levantar. No está donde yo creía; la noche anterior Laura y yo estuvimos en el salón mirando unas miniaturas sobre la revolución Rusa. La lupa sigue en la mesa baja de cristal. Me reconforta que las cosas sigan donde uno las deja. En mis gafas, en las gafas que llevo en la foto, se observa el reflejo de una persona. No veo nada más que me pueda dar una pista de quién es el hombre de la foto. Reformulo la pregunta, ¿quién soy,

el hombre de la foto? Si estuve en París, ¿qué más cosas ignoro de mi? Y lo que sé, lo que creo cierto, ¿lo es?

Escaneo la fotografía, selecciono la máxima resolución: 2400 ppp, ¿ppp? Aumento el tamaño de la foto. Es una mujer quien me hace la foto, el móvil que sostiene le cubre la mitad de la cara. En cualquier caso la imagen ha perdido definición y es imposible reconocerla. En las películas y en las series, las imágenes se autopixelan y aparece el asesino. Aquí no. Mi retratista sigue borrosa. Una cosa está clara, no es Laura, es una mujer rubia, parece alta y muy delgada. No sé de qué color son sus ojos, lleva unas gafas de sol con cristal de espejo, en ellas me veo de nuevo, borroso pero en París. Muevo la copia por la pantalla intentando buscar pistas que despierten algún recuerdo

dormido. Nada, es como una imagen de un libro, la fotografía de un extraño que tiene mi rostro pero no mi pasado. Ella lleva una prenda ligera, de manga corta, como yo. Un día cálido de octubre, siempre creí que París sería un lugar frío en otoño. Yo sonrío sin fingir, parece que soy feliz, ¿quizá más que ahora? Cierro la imagen y la envío a la papelera que vacío después. ¿Qué ocurriría si Laura la viera? ¿Dónde estaba ella en octubre de 2007? ¿También conmigo? Me concentro en el fondo de pantalla, dónde fui a cenar ese día, qué lugares visité. Entonces recuerdo mis cajas, están en el altillo del armario del despacho. Acerco una de las sillas y me subo. Son dos cajas grandes llenas de objetos variados: billetes de metro, entradas de museos, postales, fotos, mapas, marca páginas, posavasos, *tickets*